



# Cuentos reunidos:

## Faulkner y la soledad sedentaria



William Faulkner. Fotografías: Carl Mydans /  
Time Life Pictures / Getty Images

*Moisés Elías Fuentes*

EL PRIMER LIBRO QUE LEÍ DE UN AUTOR de la Generación Perdida estadounidense, *Manhattan Transfer* de John Dos Passos, fue un regalo que me hizo mi padre cuando cumplí dieciocho años. Supongo ahora que fue su manera particular de hacerme tomar conciencia de mi mayoría de edad. Esa primera lectura de un autor de dicha generación estimuló en mí una curiosidad por los demás escritores “perdidos” que todavía hoy no pierde el entusiasmo y dudo que lo vaya a perder en el futuro.

*Adiós a las armas* de Ernest Hemingway, *Hermosos y malditos* de Francis Scott Fitzgerald, *Las uvas de la ira* de John Steinbeck y *El ruido y la furia* de William Faulkner, además de la novela de Dos Passos, develaron y aún develan para mí la magnificencia y el horror de un mundo, el de inicios del siglo xx, que se reinventa a sí mismo, que vuelve a ser joven otra vez, pero que al mismo tiempo se descubre viejo y más que eso anacrónico, a la zaga siempre de sus

aspiraciones íntimas de una libertad humana meritoria, admirable por sus avances tecnológicos y su apertura de pensamiento, deplorable por el

mal uso de tales avances y por sus cíclicas regresiones al absolutismo, devenido en totalitarismos, basados en ideologías o tergiversaciones ideológicas, ya de izquierda, ya de derecha.

Testigos y protagonistas de las revoluciones sociales, intelectuales y morales que sacudieron la primera mitad del siglo xx, los escritores de la Generación Perdida plasmaron sus testimonios en obras literarias tan feraces en la creatividad discursiva como ambivalentes en su basamento político. No podía ser de otro modo: las contradicciones de sociedades que se debatían entre la rigidez ordenada de su pasado y la flexibilidad despendolada de su presente, tenía por fuerza que hacer mella en el pensamiento y en la poética de los escritores que trataban de seguirle el paso a los cambios que se multiplicaban y se anulaban unos a otros.

De hecho, uno de los legados más significativos de la Generación Perdida estribó en tal ambivalencia, como se traslució en los escritores del *boom* latinoamericano, cuya obra viene a ser no sólo una continuación del discurso de los escritores perdidos, sino, y sobre todo, la evolución del susodicho discurso. Herederos del desconcierto que inhibía la imaginación de la Generación Perdida, pero que a la vez la alentaba, los novelistas del *boom* comprendieron que los viejos maestros señalaban, entre aciertos y titubeos, la necesidad de fundir la imaginación, de suyo subjetiva, con la crítica, por naturaleza objetiva.

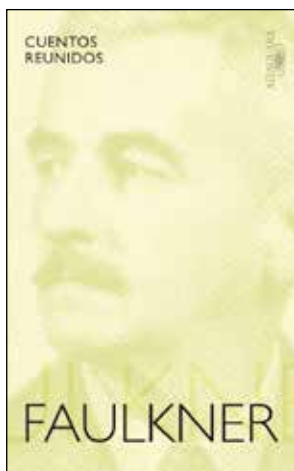
Los hombres y las mujeres del siglo xix, tal como lo testimoniaron, principal pero no exclusivamente, los grandes novelistas europeos de la época, tenían confianza en las bondades de los avances científicos y tecnológicos, a pesar de que varios de dichos avances los habían reducido a la condición de herramientas desechables. Aun

con ello, los hombres y las mujeres del xix confiaban en la conciliación del ser humano con sus creaciones, de forma tal que al fin la humanidad disfrutaría las clemencias de ciencias y tecnologías a su servicio.

Las fábricas se erigen sobre el paisaje londinense en las novelas de Charles Dickens, mientras los hombres de negocios pululan por las calles parisinas de Honoré de Balzac, en tanto que los trenes cruzan las estepas y las montañas rusas según los veía León Tolstoi. Los escritores decimonónicos no critican la fiebre productiva, sino la soledad derivada de las desigualdades sociales que han provocado los nuevos medios de producción. No se niegan al progreso, sino a la irracionalidad con que se impone.

Tampoco los hombres y las mujeres del siglo xx se niegan al progreso ni a las nuevas formas de producción. Pero a diferencia de los decimonónicos, los habitantes de ese siglo no sólo se han descubierto solitarios, sino que atestiguan cómo las ciencias y las tecnologías han sido trastocadas hasta la perversión, pues cada vez se acendra más el divorcio entre éstas y los seres humanos. Paralelo a tal divorcio se evidencia el hecho de que los individuos se hallan más lejanos unos de otros, ahondándose la brecha que separa a patrones de empleados, gobernantes de gobernados, poseedores de desposeídos, unos de otros.

Una utopía artística como la polémica obra maestra cinematográfica de Fritz Lang, *Metrópolis*, de 1927, peca de ingenua porque cree que la sola concordia entre patrones y empleados equilibraría la balanza a favor de la igualdad, y no atiende al hecho de que el apaciguamiento del entramado social requiere la transformación de las formas de producción y la gradual desaparición del egocentrismo procedente de la creencia de



William Faulkner  
*Cuentos reunidos (Collected Stories)*  
Traducción, introducción y notas  
de Miguel Martínez-Lage.  
México, Alfaguara, 2012. 781 pp.

que el individuo sólo vale en función de sus riquezas y su posibilidad de ejercer un señorío omnímodo sobre los demás.

La paradójica certeza de sobrevivir en sociedades de individuos aislados y solitarios es la que erra desgarrada y defraudada en las páginas de *Pylon*, novela escrita por William Faulkner en 1935, a raíz de la muerte de uno de sus hermanos en una exhibición de acrobacias en aviones, en la trilogía *USA* de Dos Passos, o en *El gran Gatsby* de Scott Fitzgerald. Es la misma paradójica certeza que erra en las páginas de los *Cuentos reunidos* de Faulkner.

Los cuarenta y dos relatos que conforman los *Cuentos reunidos* de William Faulkner (Estados Unidos, 1897-1962) no representan ni por aproximación la totalidad de los cuentos que escribió el autor a lo largo de su prolífica y prodigiosa carrera literaria. Como apunta el traductor Miguel Martínez-Lage en su introducción al volumen: “Sus cuentos completos precisarían tal vez de tres volúmenes como éste”, lo cual no es poco decir, si tomamos en cuenta que este volumen cuenta con 781 páginas, sin incluir el formidable apéndice de notas.

Pero si no representan de manera completa la producción cuentística del veterano escritor estadounidense, los *Cuentos reunidos* en cambio representan a las temáticas recurrentes y a los recursos estilísticos más caros al autor, de ahí que los cuarenta y dos relatos hayan sido distribuidos en seis secciones: El campo, El pueblo, La tierra inexplorada, La tierra baldía, La tierra intermedia y Allen. Esta distribución confirma

el interés de Faulkner por destacar la continuidad de temáticas en su narrativa, a más de que, al evitar en lo posible la preeminencia de la ordenación cronológica, permite a los lectores contrastar los cambios estilísticos en la obra del escritor.

Hablé de cambios, pero debí decir evolución, pues lo que se aprecia a lo largo de las páginas de *Cuentos reunidos* es el proceso evolutivo que siguió Faulkner para llegar a ser uno de los escritores más prolíficos, originales y arriesgados del siglo xx. De la sutileza a la brusquedad, del intelectualismo rebuscado a la espontaneidad más crasa, del pacifismo a la violencia exacerbada, el viejo narrador sorprende y aun abruma con la cantidad de recursos discursivos que posee y con la destreza que desenvuelve para combinarlos y aprovecharlos al máximo.

Evolución del escritor que es también evolución del ser individual y del ser social. Los seis apartados en que están distribuidos los cuentos revelan la peregrinación del individuo y de la sociedad en busca de su madurez emocional, del equilibrio entre el yo y el colectivo. Si los personajes de Faulkner son enfática y aun ferozmente individuales, se debe sin duda a que se entienden como pertenecientes al grupo, a la tribu, a la región. Y es tal sentido de pertenencia el que les da las herramientas para revolverse contra el clan y segregarse del pueblo.

Este drama de evoluciones —y de involuciones, valga apuntarlo— tiene como escenario vivo y perceptible el sur de los Estados Unidos, región inhóspita

tanto en su geografía como en su entramado social, conjunto de estados jóvenes en cuanto a su surgimiento como tales, pero que a la vista de los extraños se develan anacrónicos por su doble aislamiento: topográfico y cultural. Territorio atávico y por lo mismo territorio propicio para la búsqueda de la auténtica modernidad, zaherido por la segregación racial y tenso por la necesidad de comunicación de la sangre, que se niega a ser unívoca.

Microcosmos de extremos: en uno el campo, cerrado dentro de sí mismo; en el otro Allen, es decir allende, lo que está más allá, lo que trasgrede y trasciende las fronteras asfixiantes de la monótona cotidianidad sureña. Sin embargo, como debe de ser, a pesar de las contradicciones los contrarios se complementan, por lo que devienen espejos que reflejan las imágenes exasperadas e hiperrealistas del uno y del otro.

Casi está por demás apuntar que este microcosmos desplegado en *Cuentos reunidos* contiene también a la laberíntica e impredecible escritura de Faulkner, aquella que obliga una y otra vez a los traductores a confesar las dificultades y desafíos con que tienen que vérselas al traducir al curtido autor estadounidense. Valga señalar que dicha escritura, hecha de oraciones larguísimas y fraseos elípticos, de monólogos profusos y diálogos lacónicos, de descripciones confusas y referencias crípticas, emerge en la colección de relatos de una manera abreviada, personificada —y en Faulkner el verbo personificar es el más apropiado para referirse a su discurso— sobre todo por figuras de transformación,



de repetición, de omisión y amplificación, con lo que el autor deja constancia de su maestría en el uso de las figuras literarias.

Cuarenta y dos relatos alberga el volumen de *Cuentos reunidos*, dispuestos por el propio autor de una manera particular a lo largo de poco más de un par de años de trabajo metódico y constante. Es decir, un volumen en el que podemos asomarnos a un aspecto de la intimidad del escritor a la que en pocas oportunidades podemos acceder: la forma en que leía su obra literaria, cómo valoraba su trabajo intelectual, de qué manera se detenía a escuchar su propia voz. ▀